

Tostadas

Una tenue luz ajedrezada entraba por las rendijas de la persiana. Se despertó y se giró. Él ya no estaba en la cama. Su ropa, tampoco, por ninguna parte a la que alcanzara su vista. Se destapó, acariciando un hueco de jadeos y sudores hasta que se descubrió apretando la almohada entre sus piernas. Y sonrió.

En la mesita reposaba el colgante de oro con la letra inicial de su nombre. Recordó cómo se había despedazado en uno de los arrebatos de la madrugada. Y sonrió de nuevo.

Escuchó el sonido del microondas en la cocina. Se levantó y salió de la habitación caminando sigilosamente. Al llegar al quicio de la puerta se dio cuenta de que estaba desnuda. Le vio, de espaldas, en el fregadero, llenando de agua un jarrón con flores.

Extrañamente no olía a café, sino a un familiar aroma a pan de pueblo. Se acercó y le abrazó por la espalda. Él posó el jarrón y estiró tras de sí su mano hasta llegar a su pubis.

-Buenos días, -dijo- hay tostadas.